

Viene de la página 13

finitiva”. En su opinión, muchas veces se leen libros que no están hechos para ser interpretados sino para ser convertidos en gesto. Esta gestualidad es la que también se encuentra en la Encuesta nacional de cultura (2002) realizada por el Ministerio de Cultura y en la que se corroboró que el interés de los colombianos por la cultura extranjera está centrado en algo tan concreto como el aprendizaje de su idioma.

Los modos de leer, de los cuales sólo ofrece algunos indicios la Encuesta, están relacionados con la historia previa, los contextos culturales y sociales en los que habitan los lectores, la experiencia de la vida urbana o rural en la que despliegan su existencia cotidiana, el entrecruce con otras lecturas que provienen a su vez de otros lenguajes y enciclopedias, como el audiovisual o el virtual.

Otros rasgos de la diversidad de las lecturas son los géneros y los lugares del leer.

Las obras literarias son las más leídas (35,1%), seguidas por los textos de estudio (24%), los libros científicos (12%) y los libros de autoayuda (11,2%) que, a su vez, se diferencian por ciudades. En Cali, por ejemplo, se leen más libros esotéricos, en Medellín más de autoayuda y en Cartagena más religiosos. Un dato muy interesante es que quienes leen obras literarias lo hacen motivados por el gusto (38,1%), aunque es evidente que la escuela es un lugar muy significativo de la lectura literaria, casi siempre unida con el deber escolar.

La lectura es también topológicamente diversa. Se leen libros y se consulta internet en la casa, pero también se navega en el trabajo, la escuela y los cibercafés. La casa se ha convertido en uno de los espacios fundamentales del consumo cultural, debido a la convergencia intermedial pero también a la inseguridad y a la pérdida de significado de lo público. La escuela, entre tanto, mantiene su liderazgo como lugar de socialización en la vida pública y foro de recreación cultural.

La lectura como experiencia de desigualdad

Una segunda realidad que se percibe en la situación de la lectura en Colombia es la experiencia de la desigualdad.

En el continente más desigual del mundo, Colombia registra índices profundos de desigualdad, es decir de grandes diferencias entre los más ricos y los más pobres de su población. Si la economía del país creciera a una tasa promedio del 5,5% durante 15 años y la

Leer y reflexionar sobre la lectura

Editado por Fundalectura, acaba de ser publicado el libro **Hábitos de lectura, asistencia a bibliotecas y consumo de libros en Colombia** en el que se recogen y analizan los resultados del módulo relacionado con los hábitos de lectura y el consumo de libros de los colombianos, presente en la segunda encuesta nacional de hogares realizada por el DANE a finales de 2005. Como novedad, el estudio fue aplicado por primera vez en hogares fuera de las grandes ciudades. Los Ministerios

de Cultura y Educación, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo y la Cámara Colombiana del Libro, con el apoyo del Cerlalc y Fundalectura, hicieron posible su realización. Allí, diez expertos analizan temas como las bibliotecas públicas, el impacto de Internet en la lectura, el consumo de revistas, periódicos y otros materiales de lectura y la lectura en niños entre los 5 y los 11 años de edad. (Año 2006, 250 pp, \$36.000; para ordenarlo puede comunicarse con Pilar Cuéllar, tel. 3201511, en Bogotá).

Quienes leen obras literarias lo hacen motivados por el gusto y es evidente que la escuela es un lugar muy significativo de la lectura literaria.

desigualdad se redujera a una tasa promedio de 0,5% anual, la proporción de pobres se reduciría a la mitad. Ese es el tamaño del reto. Como señala Alejandro Gaviria, la tolerancia a la desigualdad ha disminuido y la demanda por la redistribución ha aumentado.

Y aunque habitualmente cuando se habla de desigualdad se traen a cuento las estadísticas económicas, la verdad es que las inequidades se viven también en la política, en la vida social y en la cultura. La lectura, por tanto, no podía ser un territorio alejado de las desigualdades. Es más, en ella se manifiestan algunos rasgos de inequidad que alejan las posibilidades de los más pobres para acceder y disfrutar de los conocimientos, la crítica y la imaginación.

Los estudios de consumo cultural en Colombia, como en otros países latinoamericanos, han mostrado que el acceso a los libros y la lectura es desigual. En primer lugar, hay una brecha casi insalvable entre el campo y las ciudades, ya sea en promedios de lectura como en tenencia y compra de libros (el 22,15% de los hogares colombianos no compró libros en los últimos 12 meses), incluyendo los textos escolares.

La lectura también ahonda las desigualdades entre ricos y pobres y entre los que poseen mayores niveles educativos y los que tienen menos educación. Aunque el estrato que predomina entre los lectores colombianos es el estrato

3, hay una mayor propensión a la lectura en las personas del estrato 6.

La lectura, asimismo, está relacionada con la educación. Entre más se asciende en la escala educativa más se lee por motivación propia y por gusto, lo que nos indica que algunos rasgos de calidad de la lectura están asociados al mayor nivel educativo.

Los que tienen más educación y ganan más, son también los que leen más por internet. Los que tienen más libros escolares, leen menos en internet, probablemente porque el primer propósito de esa lectura es encontrar información para el desempeño escolar.

Las nuevas tecnologías son uno de los campos en que se libran más duramente las desigualdades. A pesar de los esfuerzos de conectividad y de ampliación del acceso de los sectores más pobres a Internet, las desigualdades siguen siendo muy profundas. La lectura en internet crece a medida que se aumentan el estrato socioeconómico y el nivel educativo y la lectura tiende a concentrarse, como la riqueza. Los que más leyeron libros en los últimos 12 meses, los que tienen más libros en su casa y los que asistieron más a bibliotecas son también los que más leyeron en internet.

Finalmente la desigualdad tiende a aumentarse en lo que se refiere a tenencia de libros. La brecha entre los que más tienen libros y los que menos tienen se acrecentó en Bogotá, con un agravante: los que tienen más libros tienden a leer más.

Más diversidad, menos desigualdad. Los retos de la escuela frente a la lectura.

La lectura es un asunto de la sociedad y a la vez una elección muy personal. Por eso las políticas para aumentar y cualificar la lectura pasan por un conjunto de estrategias que van más allá de la escuela. Pero la educación es uno

de los lugares más importantes para la formación de hábitos lectores.

La predisposición positiva de los niños y las niñas entre 5 y 10 años hacia la lectura, comprobada por la encuesta, es un capital humano invaluable y un punto de partida para procesos integrales de desarrollo de la lectura en la escuela. Como lo es la vinculación escolar de los jóvenes al leer, así pesen demasiado los requerimientos del deber.

La pasión por la lectura sólo puede partir de maestros lectores que compartan con los niños y los adolescentes aquello que exaltó Jerome Bruner en su maestra preferida: “La invitación a ampliar su campo de admiración”. En sus palabras, a los maestros y maestras se les pide que sean “fenómenos humanos” y no personas “descorazonadoramente informativas”. La lectura es una experiencia de la libertad, de la imaginación y del contraste de las ideas.

Conviene transformar algunas rutinas de la introducción pedagógica a la lectura, como su comprensión meramente intelectual o como crítica literaria y el desconocimiento de los acumulados culturales que traen los niños y jóvenes a la escuela y tener mucho más en cuenta el análisis de sus modos de lectura, la familiaridad con algunos textos no necesariamente canónicos (esos que promueven acciones o que son productos de consumo masivo), los contextos escolares como ambientes simbólicos y del desdramatamiento, las interacciones de la lectura con otros lenguajes como el audiovisual o el musical y los grados de complejidad de la lectura.

La lectura deberá ligarse a la creación en sus diferentes modalidades, entre ellos, por supuesto, la escritura y la escuela debe ser un ámbito público de valoración de un leer, involucrado con el debate y la reflexión, el placer y la autonomía.

De esa manera el maestro retornará al puesto de privilegio que, según los datos, está cediendo y la escuela enmarcará a la lectura en el contexto del fortalecimiento de la diversidad cultural y la disminución de las desigualdades.

“Los maestros deberían saber, escribe Bernard Lahire, que cuando el ascenso social y cultural finalmente se produce, es porque los alumnos no erradicaron su cultura popular de base, sino que lograron sumar formas de hacer, pensar y sentir heterogéneas y enriquecedoras”.

(*) Investigador, experto en comunicación.